

Acab y la viña de Nabot (1 Reyes 21)

Cuando los poderosos abusan de los débiles

— Patrón, nos han avisado que dentro de un rato va a venir el rey Acab a visitarlo.

Nabot ha salido de la casa y mira su propiedad que ha permanecido en la familia desde tiempos inmemoriales. Contempla las viñas que en perfecto orden forman decenas y decenas de calles. Muy pronto será la época de la vendimia. Cada planta está cargada de uvas grandes, succulentas y tentadoras. El viñedo de Nabot es el tema de todos los que pasan por allí. Es que de ahí salen las mejores uvas de la zona. Allí también se produce el mejor vino de la región. Parecería que nunca hay una mala cosecha para Nabot. Siempre esas vides producen en abundancia.

Para el viticultor, el poder caminar por esas filas interminables de los viñedos después de una llovizna era una de las satisfacciones de su vida. Después de todo, lo había hecho desde que era un niño de la mano de su padre, y este lo había hecho igual de la mano de su abuelo.

Por fin se acerca el rey Acab con su custodia.

— Majestad — dice el dueño de la casa — ¿quiere pasar adentro y estar más cómodo?

— No hace falta — responde el soberano, y se acomoda en un sitio de densa sombra — Aquí debajo de esta parra se está muy fresco.

— Como su alteza prefiera — responde el anfitrión — ¿A qué debo el gusto de su visita?

Acab lo observa cuidadosamente. Nabot es un hombre más o menos de su misma edad. Es fuerte y con una mirada que muestra determinación y sinceridad. Los “custodias” observan a cierta distancia con una sonrisa maliciosa como presintiendo lo que va a suceder.

El soberano — que me lo figuro cincuentón — tiene una nariz ganchuda, ojos oscuros y penetrantes, y una calvicie precoz.

— Bueno — dice el rey —, me gustaría proponerle un negocio, es decir, un buen negocio.

— ¡Explíquese! — dice Nabot que empieza a presentir que el rey se trae algo turbio entre manos.

— Quiero hacer un canje con usted, es decir un trueque. Pero como yo soy hombre honesto, usted va a salir ganando en esta transacción.

Una sonrisa burlona luce en la cara del regente.

— No entiendo a lo que su excelencia se refiere — dice el dueño de casa.

— Quiero comprarle esta propiedad. Usted pone el precio y yo se lo pago, o si usted prefiere, yo se la cambio por otra mucho mejor y más grande que tengo en un pueblo vecino, cerca del arroyo. Estoy seguro que cuando usted la vea se va a quedar encantado.

El viticultor por unos momentos empalidece. Luego recupera su compostura y con voz firme responde:

— Majestad, siento decirle que esta viña no la puedo vender, no está en venta. Sencillamente: ¡no puede ser vendida! Como usted bien lo sabe, la ley de Moisés no nos permite vender la propiedad de nuestros padres.

El rostro del rey se enrojece como un tomate maduro. Su voz aumenta de volumen.

— Amigo — dice el soberano —, yo se la cambio por aquella otra y encima le pago en oro y plata lo que usted diga. Y Moisés en esto “ni corta ni pincha”.

— Alteza — responde Nabot —, ya le he dicho que esta propiedad no está en venta ni en canje.

La cara del rey que estaba enrojecida por el furor ahora se torna pálida. El monarca no está acostumbrado a que cuando él quiere algo alguien le diga que no lo puede tener. Después de todo ¿Para qué es el rey?

Ahora su voz no solamente es fuerte sino ronca y con un tono malévolamente responde:

— ¡Yo quiero esta propiedad cueste lo que cueste!

Nabot sabe el riesgo que está corriendo. Es probable que ha escuchado historias de como el “vecino” ha ido acaparando propiedades en todo el país a veces de manera muy violenta. Sin embargo, sabe que su Dios está escuchando la conversación y responde:

— ¡Guárdame el Señor de darle la heredad de mis padres!

El rey aprieta sus puños y dice a modo de despedida:

— ¡Ya hablaremos de esto otro día! — Hace una señal a la guardia personal y se retira.

Vuelve a su casa con una jaqueca intensa y siente “como si la cabeza se le partiera”. Su esposa lo saluda y él apenas contesta.

— ¿Cómo te fue en el negocio con el vecino? — pregunta ella — ¿Pudiste arreglarlo todo? ¡Cuéntame querido! — le apremia la reina con una sonrisa burlona y venenosa.

— ¿Qué pasó que estás tan enojado? ¡Nunca te vi tan mal! Mira, esta noche las cocineras hicieron otra de tus comidas preferidas.

— No quiero comer — dice él. Se da vuelta y se tapa la cara con una almohada — ¡No quiero ver a nadie!

— Pero tesoro — dice Jezabel — ¡no es para tanto...! ¿Por qué está tan decaído tu espíritu que ni comes?

El rey le relata los hechos recalcando las palabras de Nabot: **“Yo no te daré mi viña” (1 R 21:6)**.

La risita de Jezabel ahora se ha vuelto perversa. Con una voz chillona y fría dice:

— Yo creía que tú eras el rey de Israel. No te preocupes, si no te animas a hacer lo que tienes derecho como rey, yo te lo daré — Los ojos de Jezabel adquieren ahora un aire siniestro.

Acab mira a su esposa y le dice:

— Gracias querida, tú eres mejor que yo para este tipo de situaciones.

De inmediato la reina llama a sus asistentes y dicta unos mensajes para los ancianos y los principales de la ciudad. Estos no pueden creer cuando leen la carta. Está firmada y con no menos que con el sello del rey Acab.

No se animan a discutir la orden. Argumentan entre ellos y saben muy bien que es la misma Jezabel la que está detrás de todo esto. Se resisten a creer lo que están leyendo: *“Poned a dos hombres perversos delante de él que atestigüen contra él y digan: Tú has blasfemado a Dios y al rey”*.

A algunos de los ancianos no les gusta la idea. Se cruzan miradas entre sí como diciendo: *¿Y qué podemos hacer? Sabemos que hacer esto va contra de la ley de Dios y conocemos muy bien que el mandamiento estipula “No dirás falso testimonio”*.

Cuando llega el momento oportuno, Nabot, que está precediendo la celebración del ayuno, es acusado por dos truhanes. Pero no son solamente culpables esos dos que lo acusan sino cada uno de los religiosos y hombres de prominencia en la comunidad que conocen la intriga.

Los principales y los ancianos fingen que no pueden creer lo que escuchan. ¡Que nadie menos que Nabot ha blasfemado a Dios y al rey!

— ¡Esto es intolerable! — exclaman algunos — ¡Esto tiene que ser un ejemplo, un escarmiento para que nunca más suceda!

El juicio es muy breve: si se le puede llamar así. Quizás sería mejor llamarlo “circo”, porque los ancianos y principales que tendrían que ser un ejemplo para todo Israel se han transformados en payasos. Pero estos son bufones que en lugar de hacernos reír nos hacen llorar.

El veredicto de los principales se establece: *“Por resolución unánime de las autoridades se determina que el acusado y sus hijos son culpables de blasfemia a Dios y al rey y por lo tanto todo el peso de la ley debe caer sobre ellos como ejemplo para la posteridad”*. La ejecución se lleva a cabo rápidamente.

Tan pronto Jezabel se entera de la muerte de Nabot y su familia, avisa a su esposo:

— Querido: *“levántate y toma la viña de Nabot de Jezreel, que no te la quiso dar por dinero, porque Nabot no vive, sino que ha muerto” (1 R 21:15)*.

— ¡Qué casualidad! ¡Qué suerte que tengo! ¡Quién iba a decir que ese hombre iba a morir tan joven! Así es la vida — dice Acab —, mañana mismo voy con los escribanos para tomar posesión de la propiedad. ¡A mí me gustan las cosas derechas, hechas con todos los papeles que manda la ley!

Al día siguiente se dirige otra vez a la viña; va acompañado como de costumbre por su custodia.

Es una mañana hermosa, el sol está radiante, Acab se pone a tararear una de sus canciones favoritas. De súbito, el paso de la comitiva es interrumpido. Un hombre con aspecto de profeta está parado en el medio del camino y rehúsa apartarse. Acab lo reconoce de inmediato y dice:

— Me has hallado, enemigo mío

Los soldados se aprestan a intervenir, pero el profeta no tiembla, con voz fuerte y tranquila responde:

— Te he encontrado, porque te has vendido a hacer lo malo delante de Jehová. En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre. He aquí yo traigo mal sobre ti, y barreré tu posteridad y destruirán hasta el último varón de la casa de Acab, tanto el siervo como el libre en Israel — y luego agrega: los perros comerán a Jezabel en el muro de Jezreel **(1 R 21:23)**.

Es el mismo rey el que ahora está estremeciéndose como bandera izada en día muy ventoso.

La historia bíblica y nosotros

Hay siete protagonistas en esta historia. Seis que se ven y uno que no se ve.

I. Acab

Específicamente el rey viola el décimo mandamiento que enseña: *“no codiciarás la casa de tu prójimo... ni ninguna cosa de tu prójimo” (Ex 20:17)*. El monarca no podía ignorar la ley en cuanto a la imposibilidad de vender propiedades fuera de la familia. Por tanto, nunca tendría que haber propuesto comprar o canjear la propiedad (**Lv 25:23**).

El principio espiritual es que Dios es el poseedor de todo y que Él en su gracia nos permite disfrutar. Pero como no somos dueños, por lo tanto no podemos vender lo que no nos pertenece. El soberano, por el contrario, es un ejemplo de aquel que quiere tener algo que no sólo no le pertenece, sino que tampoco debiera tenerlo. Jezabel es la que se lo va a proveer “cueste lo que cueste”.

Acab en su palacio está triste y enojado. No quiere comer y no quiere hablar con nadie. El monarca en su magnífica mansión con todo lo que el poder puede dar está afligido. ¡Qué contraste con aquel que muchos años después en la prisión romana exclama: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil 4:13)*.

El soberano está indignado porque su orgullo ha sido atacado cuando Nabot por fidelidad al Señor se niega a venderle la propiedad.

Cuando tratamos de obtener lo que no nos corresponde o lo que nunca nos puede corresponder, el precio para tenerlo es muy alto y siempre trae dolor y remordimiento.

Observemos que el rey no le dice a Jezabel la razón por la cual Nabot no le vende la propiedad. Probablemente no hubiera hecho ninguna diferencia. ¡Acab no es honesto ni con su propia esposa!

Por supuesto aquí la historia nos muestra la pareja real abusando del poder de sus funciones para su propio beneficio. Reyes, presidentes, dictadores y otros poderosos han despojado a sus dominados de sus derechos y propiedades. Ignoran que Dios aborrece esas acciones y que los va a castigar.

Nuestra naturaleza carnal procura convencernos de que algo que es incorrecto y que Dios lo condena, “en el fondo” no está tan mal. Tratamos de justificarnos porque lo hacemos por ciertas razones que nos gustaría creer que atenúan la falta. Todos los seres humanos tenemos un poco de la mentalidad de Acab y quizás algunos tenemos la posibilidad de razonar como Jezabel.

Es interesante que el rey dice que quiere transformar la viña en un huerto de legumbres. Los hombres del mundo siempre quieren cambiar a los creyentes o lo que los creyentes están haciendo.

Acab se había preparado para estar seguro que tendría un sucesor. Tenía en total setenta hijos y ninguno llegó a ser rey (**2 R 10:6**). Años después Jehú cumplirá la profecía y los setenta mueren violentamente.

2. Jezabel

La reina Jezabel se caracteriza por una codicia intensa. Es una princesa criada en un paganismo diabólico. Lo que ellos deseaban no había posibilidad de ser negado. Siempre habían tenido todo lo que querían.

Su razonamiento era que siendo su marido el rey, se lo merece todo.

Su esposo está triste porque no posee aquella propiedad; pero de obtenerla quedará contento. Acab no tenía derecho a esa viña y no va a quedar satisfecho hasta que pueda tomar posesión de ella.

Al firmar el decreto para asesinar a Nabot (porque no le podemos dar otro nombre) Jezabel está sellando su propia sentencia de muerte. Está rubricando no solamente el fin de su esposo y de ella, sino el exterminio de toda su descendencia. Esto lo va realizar Jehú. *“Dios no puede ser burlado: todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Ga 6:7).*

Noten la iniquidad de la reina. Asesinar a Nabot no era suficiente, porque tenía que eliminar también los hijos para poder quedarse con la herencia. Quiere no solamente eliminarlo sino desprestigiar su nombre. Al ser convicto de blasfemar contra Dios, les permite que sea apedreado. El ser blasfemo contra el rey le autoriza a ser acusado de traición y por supuesto incluir a los hijos como culpables también en el “complot”.

En muchas sociedades antiguas el rey se quedaba con las propiedades de los traidores (o a quienes hacían tales).

El plan de Jezabel es hacer una “celebración religiosa” y entonces acusar a Nabot de violar las normas. Debemos tener mucho cuidado cuando los incrédulos organizan festividades o actividades religiosas.

Leyendo esta historia vemos que las siete cosas que aborrece el Señor están presente en los autores o se cometen en el transcurso de estos eventos:

(Pr 6:16) nos enseña: *“seis cosas aborrece Jehová y aun siete abomina su alma”*:

- 1) *“Los ojos altivos”*: Acab y Jezabel los tenían.
- 2) *“la lengua mentirosa”*: En eso eran expertos.
- 3) *“Las manos derramadoras de sangre inocente”*: Al matar al piadoso creyente Nabot y sus hijos demuestran que tienen esa característica.
- 4) *“El corazón que maquina pensamientos inicuos”*: Los esposos eran peritos en el tema.
- 5) *“Los pies presurosos a correr al mal”*: Lo demuestran con sus acciones.
- 6) *“El testigo falso”*: Jezabel fabrica testigos falsos de dos hombres de Belial.
- 7) *“El que siembra discordia entre los hermanos”* y ellos lo hicieron.

Jezabel no sabía que cuando dio la orden de escribir la carta, alguien la estaba mirando. ¡El Señor la estaba observando y lo dejó todo bien documentado! Lo que ella creyó que era secreto, el Juez Omnipotente lo ha hecho manifiesto en su Palabra, y nosotros, cerca de tres milenios después nos horrorizamos de la iniquidad de esta reina.

Cuando Jezabel se entera de la muerte de su víctima ella misma es la que entrega la noticia a su esposo. *“Levántate toma la viña de Nabot de Jezreel que no te la quiso dar por dinero, porque Nabot no vive sino que ha muerto” (1 R 21:15).*

No sabemos cuánto sabe Acab de la trama perversa de su esposa. Jezabel le ha prometido que le va a dar la viña y lo consigue. ¡Qué fácil es dar lo que no nos pertenece!

El monarca quizás pensó: ¡Qué coincidencia, ella me prometió que yo tendría la viña y ahora se entera que el dueño ha muerto!

Cualquier persona hubiera sospechado que esa muerte no era mera casualidad.

3. Nabot

Es el hombre fiel al Señor, que sin duda, no ignorando el riesgo que significaba decirle “No” al monarca, tampoco quería desobedecer los mandamientos del Señor.

Si hubiera aceptado el trueque hubiera probablemente quedado en buenas relaciones con el rey. Pero él sabía que eso no lo podía hacer.

Muchos dirían hoy día que fue un fracasado pues perdió su hacienda, la viña, su vida y sus hijos (**2 R 9: 5,25**).

Pero el Eterno que lo había visto todo pronunció esta sentencia contra Acab diciendo: *“yo he visto ayer la sangre de Nabot y la sangre de sus hijos dijo Jehová, yo te daré la paga”*.

Cerca de tres mil años después este fiel siervo de Dios tiene un mensaje para esta generación de tibieza espiritual. Por eso la Escritura declara: *“Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de vida” (Ap. 2:10)*. Y en (**2 Ti 2:12-13**): *“Si sufrimos también reinaremos con él, si le negáremos, él también nos negará, si fuéramos infieles el permanece fiel, no se puede negar a sí mismo”*.

Es en vano que durante el juicio el acusado trate de defenderse. Allí están esos dos falsos testigos. Los jueces y el pueblo deciden creerles a los dos hombres perversos antes que a aquel hombre recto. El veredicto de culpable se ha determinado antes de empezar el juicio.

Nabot y sus hijos mueren apedreados. Cuando nos imaginamos el montón de piedras acumulado sobre su cuerpo y el de sus hijos nos preguntamos: ¿Por qué Dios permite que algo así suceda? Es una pregunta difícil y no tenemos todas las respuestas.

El Eterno autoriza que acontezcan cosas que nosotros no entendemos. Pero el Señor tiene su momento en que va a juzgar al mundo con justicia.

Cuando el capitán con los cincuenta soldados venían para apresarse al profeta Elías, Dios mandó fuego del cielo que los consumió. Pero aquí en este caso eso no sucede. Tampoco el Omnipotente envía un ángel para salvar al primer mártir Esteban quien después de proclamar un mensaje fiel de Dios es apedreado. De la misma manera en Hechos 12 leemos como Pedro fue liberado de la cárcel por un ángel pero Jacobo fue ejecutado con la espada sangrienta de Herodes.

A los ojos del Señor todo esto es bien distinto: *“Honrosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos”*. Nabot representa así a aquel que está dispuesto a sufrir con tal de ser fiel al Señor. Quizás fue el uno de los siete mil fieles que no habían doblado sus rodillas delante de Baal (**1 R 19:18**).

4. Los ancianos y principales del pueblo

La gran desilusión y desengaño no son Jezabel, Acab y los testigos de Belial. Ellos actuaron exactamente como era de esperar; como estaban acostumbrados a actuar. Pero, ¡qué vergüenza!, los ancianos y los principales debieran haber defendido a Nabot, tendrían que haber hecho escuchar su voz; pero el miedo, el mantener el “Status Quo”, los paralizó. No querían dejar de ser principales.

Hermanos, nunca cambiemos el ser principales por el ser cómplices. Como dijo el poeta “el que calla es del tirano”, o de otra manera, el que no protesta está del lado del dictador (Ovidio Fernández Ríos).

¡A los ojos del Señor fueron culpables, tanto o más que los dos embusteros!

¡Qué tragedia es que la reina no tiene dudas de que esos ancianos y principales no iban a defender la verdad! Ellos iban a ser cómplices del crimen de calumniar a un hombre honesto y a sus hijos, para quedarse con su propiedad.

Aquellos que tendrían que ser personas de doctrina y con un temor reverencial a Dios se convierten en marionetas, en muñecos que hacen lo que otro le dice que tienen que hacer. Los que han visto títeres saben que estos son graciosos si están bien manipulados. Las marionetas están movidas por hilos invisibles, pero todo lo que hacen es ejecutar lo que desea el que mueve los hilos.

Estos hombres le tienen terror a la reina y algunos quizás le tengan rencor y envidia a Nabot por su piedad. Jezabel sabe que estos “*principales*” de importantes sólo tienen el nombre.

Hablando de Pablo y Bernabé se nos informa que son “*hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo*” (Hch 15:26).

5. Los dos testigos mentirosos

En todos los países del mundo hay ese tipo de persona que como decimos en el Río de la Plata son capaces de vender a su madre. Pisotean el mandamiento de Dios; aquel que dice: “*No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano*”, como si no fuera nada.

¡Qué cosa tan grave es ser un testigo falso! A veces en la iglesia local hay un problema y se presentan testigos que son honestos pero que no entienden bien la diferencia entre lo que uno ve y lo que uno se imagina.

El diccionario de la Real Academia define “perversos” como alguien sumamente malo que causa daño intencionalmente, que corrompe las costumbres, o el orden y el estado habitual de las cosas.

6. Elías el profeta de Dios

Este no tiene reparo en pronunciar el juicio de Dios contra el rey impío.

Es una persona luminosa en esta historia tan oscura. Dios le da a su profeta un mensaje que tiene que entregar al rey Acab.

Al encontrarse con el profeta, el rey lo saluda diciendo: “*¿Me has hallado enemigo mío?*” (1 R 21:20).

Sin miedo y en fidelidad a su Dios el profeta responde:

— “*Te he encontrado porque te has vendido a hacer lo malo delante de Jehová*”.

Observemos las palabras con cuidado: “*Te he hallado*”. No fue por casualidad sino por causalidad. Dios le ha mostrado a su profeta la hora exacta y la intercesión en el camino a tomar para encontrarse con el rey.

Acab es reprendido duramente porque no debería haberse vendido para hacer el mal. La Palabra nos dice a nosotros: “*Porque habéis sido comprados por precio glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu los cuales son de Dios*” (1 Co 6:20).

Después el profeta de Dios le presenta el tremendo mensaje en forma textual tal como lo tenemos en los versos 21 al 26. En síntesis le profetiza: “*destruiré hasta el último hombre*

de la casa de Acab, el cuerpo de Jezabel va a ser comido por los perros. El que de Acab fuere muerto en la ciudad, los perros lo comerán y el que fuere en el campo, lo comerán las aves del cielo” (1 R 21:24). La sentencia es severa para una mujer que excede en malicia e impiedad.

Cuando el pecado tiene influencia a nivel nacional Dios a veces utiliza un castigo que va a ser un ejemplo, una advertencia para que no se cometa de nuevo.

Elías era un predicador que convencía. No era un superhombre, ni un santo que vivía apartado en una ermita o monasterio. Era un hombre de oración: *“Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, oró fervientemente para que no lloviese y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses y otra vez oró y el cielo dio lluvia” (Stg 5:17).*

Una persona que entregaba el mensaje divino con toda fidelidad aún a riesgo de su propia vida. Un predicador que persuadía porque vivía una vida que convencía. Un individuo enérgico y severo al mismo tiempo.

7. Dios

El séptimo es un personaje que no es humano pero que lo ha visto todo: es Dios.

Nos preguntamos si le importa a Dios ese crimen que se ha cometido contra un oscuro agricultor en un pequeño país del mundo. La verdad es que Dios oye a los granjeros y a los que trabajan: *“He aquí clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos” (Stg 5:4).*

Al leer esta trágica historia nos damos cuenta de la doctrina de la soberanía de Dios. Todo lo que fue predicho se cumple al pie de la letra, los detalles, inclusive. Los hombres pueden cometer crímenes brutales, pero el Señor a su debido tiempo dice: ¡basta! y castiga al culpable.

Dios ve y observa lo que los hombres hacen. El Salmo 34 nos instruye: *“Los ojos de Jehová están sobre los justos y atentos sus oídos al clamor de ellos” (Sal 34:15).*

Las Escrituras nos dicen claramente que *“Dios... ha establecido un día en el que ha de juzgar al mundo con justicia, por aquel Varón (y se refiere al Señor Jesús) a quien designó dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hch 17:31).*

El líder que hay en cada uno

En esta historia hay dos “líderes buenos” y dos “malos”. Los piadosos son Nabot y el profeta Elías, y los malignos son el rey Acab y su esposa Jezabel.

Consideremos a Nabot. Este hombre no escribió libros de teología, no fue un profeta nacional, era sencillamente un granjero que tenía un temor reverencial a Dios y a su Palabra. Fue sin embargo el individuo que se atrevió a enfrentar al poder político corrompido representado por el rey Acab y Jezabel.

Para Nabot la obediencia a los estatutos de Dios era algo innegociable. Enfrentar al poder político dictatorial e inmoral es extremadamente peligroso.

El líder espiritual a veces tiene que tomar decisiones que contradicen la voluntad popular o el llamado “consenso”. En estos casos se expone al ridículo, a la oposición clara, al ostracismo y hasta a veces peligran su propia vida.

En todo este capítulo de la boca de este hombre sale solamente una frase con la que responde al rey: *“Guárdeme Jehová de que yo te dé la heredad de mis padres”.*

Este párrafo es muy profundo. En la respuesta de Nabot no hay vacilación ni dudas que pudieran justificar tomar otra acción.

El ejemplo de fidelidad a Dios de este hombre nos habla aún hoy. Uno que se llame ejemplo y que no es fiel a la Santa Biblia en realidad no es un líder.

Miramos con profunda tristeza a esos principales de la congregación que se callaron y no supieron defender al hombre de Dios de la calumnia. No eran líderes, eran títeres. Suena parecido pero son muy distintos.

Detalles técnicos

El famoso historiador Josefo destaca que Nabot al rehusarse a vender la viña actuó en forma perversa. ¡Cómo puede uno rehusar algo al rey! Y la respuesta es: sí, se puede rehusar al rey o a la autoridad cuando está en contra de la voluntad expresa de Dios. Josefo es sin duda un excelente historiador pero no entiende verdades espirituales.

La Biblia estipula que no se podía vender la propiedad que pertenecía por generaciones y generaciones a los antepasados. Era una manera de expresar el concepto que la propiedad no me pertenece a mí sino a Dios que me la da en préstamo, y por lo tanto, no puedo venderla.

“La tierra no se venderá a perpetuidad porque la tierra mía es, pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo” (Lv 25:23-28). Y también (Nm 36:7-12): “Para que la heredad de los hijos de Israel no sea traspasada de tribu en tribu porque cada uno de los hijos de Israel estará ligado a la heredad de la tribu de sus padres”.

Hay varios hechos en esta historia que nos recuerdan a nuestro Salvador

Nabot y el Señor Jesús fueron:

- Acusados falsamente (Mar. 14:57,58)
- Condenados injustamente
- Fieles a Dios y a su palabra
- Rechazados por las autoridades religiosas y civiles

Temas para discutir

1. Nabot y su fidelidad al Señor
2. La valentía del profeta Elías
3. El creyente confrontando el pecado
4. El juicio de Dios sobre los impíos
5. El principio que “todo lo que el hombre sembrare eso también segará”